

víase allí un crucifijo
teñido de negra sangre,
á quien Toledo devota
acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
llegaron ambos amantes,
y haciendo Inés que Martínez
los sagrados pies tocase,
preguntóle:

—Diego, ¿juras
á tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
—¡Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés,
su vuelta aguardando en vano,
oraba un mes y otro mes
del crucifijo á los pies
do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía
después de transpuesto el sol,
y á Dios llorando pedía
la vuelta del español,
y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,
sin dueña y sin escudero,
en un manto una mujer,
el campo salía á ver
al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume
su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
que el duelo con que él se abruma
al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
precioso y funesto don,

pues los amantes desvelos
cambian la esperanza en celos
que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,
es un consuelo en verdad;
pero siendo una quimera,
en tan frágil realidad
quien espera, desespera.

Así Inés desesperaba
sin acabar de esperar,
y su tez se marchitaba,
y su llanto se secaba
para volver á brotar.

En vano á su confesor
pidió remedio ó consejo
para aliviar su dolor,
que mal se cura el amor
con las palabras de un viejo.

En vano á Ibán acudía
llorosa y desconsolada;
el padre no respondía,
que la lengua le tenía
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
callando el padre severo
y suspirando la bella,
porque nació mujer ella,
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
en esperar y gemir,
y las guerras acabaron,
y los de Flandes tornaron
á sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y el tercer año corría;
Diego á Flandes se partió,
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena;
doraba el sol de Occidente
del Tajo la vega amena,
y apoyada en una almena
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
las riberas azotando
bajo las murallas solas,
musgo, espigas y amapolas
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido
creció entre la hierba blanda,
sobre las aguas tendido
se reflejaba perdido
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado
entre su fresca espesura,
daba al aire embalsamado
su cántico regalado
desde la enramada obscura.

Y algún pez con cien colores,
tornasolada la escama,
saltaba á besar las flores
que exhalan gratos olores
á las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
el torreón se dibuja,
como el contorno redondo
del hueco sombrío y hondo
que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
el rigor de su fortuna,
y así la tarde pasaba,
y al horizonte trepaba
la consoladora luna.

A lo lejos, por el llano,
en confuso remolino,
vió de hombres tropel lejano,
que en pardo polvo liviano
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
y llegando recelosa
á las puertas del Cambrón,
sintió latir, zozobrosa,
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero,
dejó ver la escasa luz
por bajo el arco primero,
un hidalgo caballero
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,
banda azul, lazo en la hombrera,
y sin pluma, al diestro lado
el sombrero derribado,
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
bota de ante, espuela de oro,
hierro al cinto suspendido,
y á una cadena prendido
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete,
sobre potros jerezanos,
de lanceros hasta siete,
y en adarga y coselete
diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés,
gritando: —Diego, ¿eres tú! —
Y él, viéndola de través,
dijo: —¡Voto á Belcebú,
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
tal respuesta al escuchar,
y á poco perdió el sentido,
sin que más voz ni gemido
volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas,
encomendóla á su gente,
diciendo: —¡Malditas viejas,
que á las mozas malamente
enloquecen con consejas!

Y aplicando el capitán
á su potro las espuelas,
el rostro á Toledo dan,
y á trote cruzando van
las obscuras callejuelas.

IV

Así, por sus altos fines,
dispone y permite el cielo
que puedan mudar al hombre
fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
de soldado aventurero,
y por su suerte y hazañas,
allí capitán le hicieron.

Según alzaba en honores,
alzabase en pensamientos;
y tanto ayudó en la guerra
con su valor y altos hechos,
que el mismo Rey, á su vuelta,
le armó en Madrid caballero,
tomándole á su servicio
por capitán de lanceros.
Y otro no fué que Martínez
quien ha poco entró en Toledo
tan orgulloso y ufano
cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
cobrado el conocimiento,
la amorosa Inés de Vargas,
que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
olvidó su nombre mesmo,
puesto que Diego Martínez
es el capitán don Diego,
ni se ablanda á sus caricias,
ni cura de sus lamentos,
diciendo que son locuras
de gentes de poco seso;
que ni él prometió casarse,
ni pensó jamás en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
con amenazas y ruegos:
cuanto más ella importuna,
está Martínez severo.
Abrazada á sus rodillas,
enmarañado el cabello,
la hermosa niña lloraba,
prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
porque el capitán don Diego
no ha de ser Diego Martínez,
como lo era en otro tiempo.
Y así, llamando á su gente,
de amor y piedad ajeno,
mandóles que á Inés llevaran
de grado ó de valimiento.
Mas ella, antes que la asieran,
cesando un punto su duelo,
así habló, el rostro lloroso
hacia Martínez volviendo:
—Contigo se fué mi honra,
conmigo tu juramento;

pues buenas prendas son ambas,
en buen fiel las pesaremos.

Y la faz descolorida
en la mantilla envolviendo,
á pasos desatentados
salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo,
por el Rey, Gobernador
el justiciero y valiente
don Pedro Ruiz de Alarcón.
Muchos años por su patria
el buen viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes á la puerta
y en la derecha el bastón.
Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra,
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la casi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador;
los jueces, medio dormidos,
hacen pliegues al ropón;
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol;
los corchetes, á una moza
guiñan en un corredor,
y abajo, en Zocódober,
gritan en discordes son
los que en el mercado venden,
lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,

diciendo á gritos: —¡Justicia,
jueces; justicia, señor!—
Y á los pies se arroja, humilde,
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo: —Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?

—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?

—Mi corazón.
—¿Tú le diste?

—Le presté.
—Y ¿no te le han vuelto?
—No.

—¿Tienes testigos?
—Ninguno.

—¿Y promesa?
—Sí, ¡por Dios!

que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.

—¿Quién es él?
—Diego Martínez.

—¿Noble?
—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala,
y á poco, en el corredor,
se oyó de botas y espuelas
el acompasado son.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo: —El capitán don Diego.—
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
lentos de orgullo y furor.
—Sois el capitán don Diego,
díjole don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

—Yo soy.
—¿Conocéis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.
—¿Hicisteisla juramento

de ser su marido?

—No.
—¿Juráis no haberlo jurado?
—Sí juro.

—Pues id con Dios.
—¡Miente! clamó Inés, llorando
de despecho y de rubor.
—Mujer, ¡piensa lo que dices!
—Digo que miente: juró.
—¿Tienes testigos?

—Ninguno.
—Capitán, idos con Dios,
y dispensad que, acusado,
dudara de vuestro honor.—
Tornó Martínez la espalda
con brusca satisfacción,
é Inés, que le vió partirse,
resuelta y firme gritó:
—Llamadle: tengo un testigo.
¡Llamadle otra vez, señor!—
Volvió el capitán don Diego,
sentóse Ruiz de Alarcón,
la multitud aquietóse
y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
faltó verdad ni razón.
—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
nuestras palabras oyó,
mirándonos desde arriba.
—¿E-taba en algún balcón?
—No, que estaba en un suplicio,
donde ha tiempo que expiró.
—Luego ¿es muerto?

—No, que vive.
—Estáis loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?

—El CRISTO de la Vega,
á cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo

con respetuosa voz:

—La ley, es ley para todos;
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos.... lo que sepamos:
escribano, al caer el sol,
al CRISTO que está en la vega
tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores,
sus hojas plegando, exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.
Allá por el *Miradero*,
por el *Cambrón* y *Visagra*,
confuso tropel de gente
del Tajo á la vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás, monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega les aguarda,
cada cual comentando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote á la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.

Los plebeyos, de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme,
y las mozas á la cara.
Llegado el Gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
oraron allí en voz baja.
Está el CRISTO de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara.
Hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro
al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez,
á otro lado á Inés de Vargas,
detrás al Gobernador
con sus jueces y sus guardias.
Después de leer dos veces
la acusación entablada,
el notario á Jesucristo
así demandó eh voz alta:

*«Jesús, Hijo de María,
ante nos esta mañana
citado como testigo
por boca de Inés de Vargas,
¿juráis ser cierto que un día
á vuestras plantas divinas
juró á Inés Diego Martínez
por su mujer desposarla?»*

Asida á un *brazo* desnudo,
una *mano* atarazada
vino á posar en los autos
la seca y hendida palma;
y allá en los aires, «SÍ JURO»,
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista á la imagen santa....
los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio,
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando,
dieron de esta escena fe,

firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada un año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.

